

ICAZBALCETA Y SU OBRA

Natalicio GONZALEZ

DON JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA nació en la ciudad de México el 21 de agosto de 1825, en un hogar chapado a la antigua, en cuyo seno se respiraba una atmósfera peculiar, de moralidad austera, impregnada de cándidos fervores cristianos y de orgullosas tradiciones de la más grande España. Y donde —¿por qué no decirlo?— acaso predominaban vagas nostalgias del régimen colonial recientemente extinguido. En los días anárquicos del primer ciclo de la Independencia, muchos añoraron el esplendor virreinal, con su corte de nobles, segundones, aventureros, literatos y también de hombres de paz y de trabajo; muchos se alzaban en su intimidad contra las nuevas ideas que habían abrazado los insurgentes. Mal podía extrañarse que en el hogar de don Joaquín García Icazbalceta se mirase con viril nostalgia el pasado reciente, como quien mira un paraíso perdido, pues el padre, don Eusebio García Monasterio, era un español muy amante de su tierra, y la madre, doña Ana Ramona Icazbalceta y Musitu, aunque mexicana, pertenecía a una rica familia de grandes terratenientes, que no vería con buenos ojos el contenido social de la revolución emancipadora. Ella había aportado al matrimonio bienes de alguna cuantía, que el marido, con notorio instinto de los negocios, acrecentó largamente.

Don Joaquín García Icazbalceta era el menor de diez hermanos. Los acontecimientos hicieron que fuese un tanto errante la infancia del gran sedentario, de aquel que en la edad proveya echaría raíces tan profundas en su ciudad natal, hasta el punto de eludir sistemáticamente cualquier alejamiento, siquiera breve, al extranjero. Su única ausencia de México fué forzosa. En efecto, no tenía cumplidos los cuatro años, cuando el Congreso, preocupado en consolidar la Independencia, dispuso el 20 de marzo de 1829 la expulsión de los españoles. El padre del infante, alcanzado por aquella medida de entrañamiento, llevando consigo a su familia, se trasladó apresuradamente a Nueva Orleáns, donde se embarcó con destino a Fran-

cia. Residió algún tiempo en Burdeos; luego pasó a España y se estableció en Cádiz al frente de un importante negocio de vinos.

En 1833 México abrió de nuevo sus puertas a los españoles, y la familia García-Icazbalceta volvió tres años después a su patria. Se encontró con una sociedad agitada por los choques de opinión, en marcha hacia una democracia quizá utópica, pero profundamente sentida. Las reformas de la enseñanza herían hábitos e intereses seculares. Los jefes de aquel rígido hogar no quisieron que su vástago menor se educase en las escuelas de la República, a causa de la orientación innovadora predominante en ellas, y le proporcionaron maestros privados, que dirigieron su formación cultural y le familiarizaron con el latín, el inglés, el francés, el italiano y con algo del alemán. Tal vez el ambiente en que vivió y creció, en el que predominaba el sentido práctico de la vida junto a las románticas añoranzas del fastuoso Virreinato, hizo de García Icazbalceta lo que fué: una perfecta y armoniosa mezcla de negociante y de intelectual. Consagraba sus tardes a regentear sagazmente sus intereses y las mañanas a estudiar y evocar el pasado colonial del siglo xvi, acumulando libros, incunables, manuscritos, hasta formar una de las más valiosas bibliotecas americanistas de su tiempo. Una tradición le atribuye esta confianza, que trasunta una psicología: "Si a la mañana me proponen el más pingüe de los negocios, ni siquiera los escucho; si a la tarde me ofrecen por unos centavos el más valioso incunable o el más raro de los manuscritos, jamás atiendo la oferta." La verdad es que, en el fondo, el estudioso primó siempre sobre el hombre de empresa, y la amistad con don Lucas Alamán vino a acentuar esa vocación altruísta, que le llevó a revolucionar los métodos de la investigación histórica, fundándola en la consulta de documentos de primera mano.

En 1846 los Estados Unidos trajeron su injusta guerra a México y don Joaquín García Icazbalceta tomó las armas en defensa de su tierra, participando el 8 de setiembre de 1847 en la batalla de Molino del Rey. El año siguiente se restableció la paz, y el bisoño soldado volvió a sus negocios y a la compañía de sus manuscritos e incunables. Su vida, desde entonces, más que un río que se desliza, semeja un lago quieto y meditativo. Pasaba generalmente el invierno en sus hacien-

das de Santa Clara y de Tenango, en el Estado de Morelos, y el suave y claro verano mexicano en la capital. Tuvo un hijo y una hija en el matrimonio que contrajo en 1854 con doña Filomena Pimentel y Heras. Quedó viudo en 1862. Procuraba apartarse de las querellas de su tiempo; practicaba su fe con la devoción de un castellano antiguo; en el fondo, miraba con callado desdén la orientación de la Reforma y con no disimulada simpatía a los conservadores y a los artífices del efímero imperio de Maximiliano. Uno de sus amigos, el erudito José Fernando Ramírez, fué ministro del ajusticiado de Querétaro. Pero prefería no ocuparse de las cuestiones que dividían a los hombres, y si bien redactó un informe dedicado al Emperador, renunció a la paternidad del mismo e hizo que lo firmara don José María Andrade. Amaba entrañablemente a su tierra, sin que por eso se extinguiese en su alma la devoción casi filial que desde niño sintiera por el solar paterno. España no volverá a encontrar un apologista más serio, abnegado y constante de su obra en América.

Víctima de un ataque de apoplejía, don Joaquín García Icazbalceta dejó de existir en la noche del 26 noviembre de 1894. Un ilustre polígrafo e historiador argentino, el doctor Vicente G. Quesada, que le había visitado en 1891, dejó esta estampa en que nos presenta al sabio mexicano, sumergido entre sus libros, indiferente a los halagos de la vida, aguardando con estoicismo la próxima llegada de la muerte: "Tenía una riquísima colección de documentos, reunidos para sus estudios históricos: hermosa biblioteca de estantería hasta el techo, en las piezas que daban sobre la calle. El gran salón, de viejo aspecto colonial, estaba situado en el lado izquierdo de un patio, grande como plaza. Cuando le veía, me recibía siempre con cultura, declarándome que él no pertenecía a la sociedad presente, encerrado en sus libros, oyendo misa todos los días, y dado al lujo de hacer ediciones de tan corto número, que son verdaderos incunables. No aspiraba a nada: le conocí anciano y me inspiraba respetuosa simpatía verle tranquilo y resignado, viviendo entre sus libros, sus verdaderos amigos, ocupado en dirigir la impresión de obras históricas. Supongo que tenía familia; pero sólo le conocí a él."

Dejó el recuerdo, no sólo de un gran erudito, sino de un hombre de bien, de un filántropo que fué amparo del

pobre, refugio callado y cordial de los necesitados. Como cristiano, sintió y vivió las doctrinas del Evangelio, y estaba compenetrado del sentido social de la riqueza. "Rico desde la cuna, decía don Ignacio Montes de Oca y Obregón, conservó y aumentó su hacienda sin extorsionar jamás a los pobres, sin aprovecharse indebidamente del trabajo de éstos, sin practicar jamás la usura, esa plaga de nuestra sociedad, que parece tentar más a los que más riquezas poseen y que tan claramente anatematiza el Evangelio. Jamás se conoció en sus vastas posesiones esa esclavitud disimulada, tan común en algunas regiones del país, que encadena al *peón* toda la vida a determinado amo y a determinada tierra, sin esperanza de mejorar su tristesísima suerte. Exactísimo en sus pagos, tenía además una caja de ahorros, como él llamaba, para cada uno de sus empleados, desde los más humildes hasta los más altos, y consistía en realidad en regalos sistemáticos que les hacía en las ocasiones más solemnes de la vida de ellos mismos o de sus esposas o de sus hijos. ¿Se casaban? Él les proporcionaba los gastos necesarios, sin cargárselos a cuenta. ¿Nacían sus hijos, venían las enfermedades a afligirlos, llegaba la muerte a contristarlos? Él les abría generosamente su caja y aliviaba sus penas y necesidades."

La práctica del bien y el amor a la verdad, un amor casi heroico, embellecen la personalidad moral e intelectual de García Icazbalceta con una manera de resplandor grave y discreto que sigue iluminando su memoria.

LOS ESCRITOS DE don Joaquín García Icazbalceta impresionan más por su solidez, por su marcha cautelosa, seria y prudente, que por su brillo. En todos sus trabajos se muestra de una acuciosidad y de una probidad a toda prueba. El traductor, el editor y el historiador constituyen en él tres facetas de casi idéntica importancia y se refunden en uno para dar carácter a su figura de investigador escrupuloso, erudito y metódico.

Ya era una autoridad en historiografía americana cuando publicó en 1849, en dos volúmenes, su traducción de la *Historia de la conquista del Perú*, de Guillermo Prescott. La segunda edición, corregida, apareció en 1850. Aparte del prólogo, de muchas y eruditas notas, y de un Apéndice que en realidad es un compendio de la historia peruana entre los

años 1549 y 1581, la obra contiene una retraducción del italiano (el original español ya no existe) de la *Conquista del Perú*, escrita por Pedro Sancho, secretario de Pizarro.¹

Empeñado en difundir documentos relativos a la historia mexicana, tradujo en 1869 a varios viajeros ingleses. Este trabajo, precedido de una introducción intitulada "Documentos históricos", se publicó por primera vez en el *Boletín de la Sociedad Geográfica y Estadística*,² e incluye los siguientes relatos.

Viaje de Roberto Tomson, comerciante, a la Nueva España, en el Año de 1555. Con varias observaciones acerca del estado del país, y relación de diversos sucesos que acaecieron al viajero.

Viaje de Rogerio Bodenaham a San Juan de Ulúa en el golfo de México, en el año de 1564.

Notable relación de Juan de Chilton acerca de los habitantes, costumbres, minas, ciudades, riquezas, fuerzas y demás cosas particulares de la Nueva España y otras provincias de las Indias Occidentales: vistas y notadas por él mismo en los viajes que hizo por aquellas partes durante diez y siete o diez y ocho años.

Relación de las producciones de la Nueva España, y costumbres de sus habitantes; hecha por Enrique Hawks, mercader que pasó cinco años en la dicha tierra, y escribió a instancias de Mr. Ricardo Hakluyt de Eiton, en el Condado de Hereford. 1572.

Relación escrita por Miles Philips, inglés, uno de los que en 1568 desembarcó Sir Hawkins en la costa al norte de Pánuco, en las Islas Occidentales. Contiene muchas cosas particulares de aquella tierra y del gobierno español; pero especialmente de sus crueldades con los ingleses y en particular con el autor, por espacio de quince o diez años continuos, hasta que por medios eficaces y felices se vió libre de sus manos, y volvió a su patria. Año de 1582. Como apéndice a esta relación, García Icazbalceta escribió "Algunas noticias de Sir John Hawkins y de sus viajes".

En 1875 publica su traducción anotada, con noticias del autor y de la obra, de *México en 1554. Tres diálogos latinos*, de Francisco Cervantes de Salazar. El libro trae además interesantes referencias sobre Fray Alonso de la Vera Cruz. Refi-

riéndose a la traducción, escribe García Icazbalceta en su *Bibliografía mexicana del siglo xvi*: “Al frente de esta edición de los *Diálogos* del Dr. Cervantes Salazar, puse la biografía del autor, formada con los datos que hasta entonces había podido adquirir. Antes de que concluyera la impresión de aquel volumen, descubrí otros, y tuve que agregarlos en forma de suplemento. Con el fin de reunirlos todos en un solo cuerpo, y considerando por otra parte que pocos de los lectores de esta *Bibliografía* podrán obtener el *México en 1554*, me determino a repetir aquí la biografía de Cervantes Salazar, añadiéndole algunas cosas, acomodándola a la índole de la presente obra.” También dió otra versión, muy aumentada, de la biografía de Alonso de la Vera Cruz.³ En la misma *Bibliografía* insertó García Icazbalceta otra obra de Cervantes Salazar, el *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*,⁴ precedida de un breve comentario.

Al margen de las publicaciones de carácter histórico, habría que citar el *Alma en el templo*, antología de oraciones litúrgicas que seleccionó y publicó García Icazbalceta en 1862, en memoria de su esposa. Hoy día constituye una rareza bibliográfica, a pesar de las varias reediciones que se han hecho de ella.

ERA IDEA FIJA de don Joaquín García Icazbalceta la necesidad de difundir las fuentes de la historia americana. “Si ha de escribirse algún día la historia de nuestro país, leemos en uno de sus prólogos, es necesario que nos apresuremos a sacar a luz los materiales dispersos que puedan recogerse, antes que la injuria del tiempo venga a privarnos de lo poco que ha respetado todavía.” Y fiel a esta convicción, comenzó a dar a luz algunas ediciones críticas de obras raras y documentos inéditos, con un aparato erudito y un método científico que aún sirven de modelo en nuestros días.

En 1855 dió a conocer una carta de Cortés dirigida a Carlos V en 1524.⁵ Casi cuarenta años después, en 1894, haría lo propio con una carta que Humboldt escribió al Virrey José de Iturrigaray el 20 de mayo de 1803. Estos menudos hallazgos constituyen el goce y la gloria del bibliófilo. Bien lo comprendía el Emperador Maximiliano, cuando en una carta en que le suplicaba su ayuda para la publicación de documentos

históricos, escribió esta frase, que conmovió al gran investigador: "Ya sabíamos que nuestro país cuenta en Vos con uno de sus escritores más elegantes y distinguidos, y sobre todo con un sabio, a quien debemos el descubrimiento de una importantísima carta de Hernán Cortés, y que oculta tras una modestia natural las más bellas cualidades del hombre de bien." ⁶

En 1877 editó los *Coloquios espirituales y sacramentales y poesías sagradas* de Fernán González de Eslava, olvidado poeta y teólogo del siglo xvi. Como introducción a esa obra escribió sus "Representaciones religiosas en México en el siglo xvi",⁷ que constituye un acabado estudio de la comedia religiosa de esa época.

Reeditó en 1880 la obra de un poeta mexicano del siglo xvi, el *Peregrino indiano* de Antonio Saavedra Guzmán, precediéndola de noticias biográficas del autor y referencias a otros poetas contemporáneos.⁸

En 1888 publicó, con una "Advertencia", el *Arte de la lengua maya* de Gabriel de San Buenaventura, reimpresión fiel de la edición original de 1684, prestando con ello un señalado servicio al estudio de la lingüística americana.

Con un prólogo que contiene interesantes noticias bibliográficas y una vida del autor, traducida del latín,⁹ editó en 1889 los *Opúsculos inéditos, latinos y castellanos* de Francisco Javier Alegre.

La contribución más importante de García Icazbalceta a la renovación de los estudios históricos consistió, aparte del método de investigación que empleó en sus monografías, en la ordenación y publicación de sus célebres Colecciones y de algunas obras de autores antiguos, con un cuidado minucioso que no perdona detalle y un aparato crítico no superado ulteriormente. García Icazbalceta no toleraba el menor descuido en la impresión de documentos. Refiriéndose a la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, inserta en su *Nueva colección*, escribe: "Publiqué por primera vez esta pieza en el tomo II de los Anales del Museo Nacional de México (1882), y la reimprimo ahora porque aquella edición, cuyas pruebas no vi, adolece de algunas erratas y omisiones." La exactitud en el dato, la fidelidad a las fuentes llevada hasta la minucia formaban parte del estilo y de las maneras de este gran investigador.

En 1858 apareció el primer tomo de su *Colección de documentos para la historia de México*, y en 1866 el segundo. Ambos iban precedidos de cortos proemios y de minuciosas informaciones sobre cada una de las piezas en ellos contenidas.¹⁰ Uno y otro incluyen obras y documentos esenciales para conocer la historia mexicana del siglo xvi. El primer tomo da a conocer la *Historia de los indios de la Nueva España* de Fray Toribio de Benavente (Motolinia), precedida de un admirable estudio de José Fernando Ramírez sobre dicho religioso; y el segundo, fragmentos de la *Historia de Nueva Galicia* de Fray Antonio Tello. Con esta obra, escribió un contemporáneo, “dió un vigoroso impulso a los estudios americanos, sacó del olvido verdaderas preciosidades y salvó de una pérdida segura documentos y manuscritos que hoy constituyen el fundamento de indiscutibles verdades históricas”.

En 1870 publicó la *Historia eclesiástica indiana* de Fray Gerónimo Mendieta, con eruditas noticias sobre el autor y la obra. Al frente de ella puso García Icazbalceta una tabla de correspondencias entre la *Historia* de Mendieta y la *Monarquía indiana* de Torquemada, para señalar todo lo que éste tomó de aquél, “a manos llenas y de tal modo, que no es posible absolverle de la nota de plagiario”.

En 1886 aparece el primer tomo de la *Nueva colección de documentos para la historia de México*, con un prólogo y una extensa biografía de Fray Gerónimo Mendieta.¹¹ Contiene cartas de este célebre misionero y de otros religiosos de Nueva España, escritas entre los años de 1539 y 1594. En 1889 sale el segundo tomo, en el cual se publica lo que García Icazbalceta llamó *Códice franciscano*, “por componerse todo él de documentos relativos a esa orden, o escritos por individuos de ella”. Todas las piezas de este volumen, que lleva un extenso prólogo del editor, se refieren al siglo xvi. El tercer tomo, que aparece en 1891,¹² contiene la *Relación de Tezcoco*, escrita en 1582 por Juan Bautista Pomar; la *Brebe y sumaria relación de los señores de la Nueva España* del Oidor don Alonso de Zurita; y seis relaciones antiguas sacadas de un códice “conocido con el nombre de *Libro de oro y tesoro indico* que le impuso uno de sus poseedores: es el mismo que contiene los *Memoriales* inéditos de Fray Toribio de Motolinia”. En una instructiva advertencia “al lector”, nutrida de datos

sobre la bibliografía de los primeros cronistas de Indias, García Icazbalceta abunda en noticias sobre las piezas contenidas en este volumen. Los tomos cuarto y quinto salen a luz en 1892, con el título de *Códice Mendieta*, por tratarse de una compilación hecha por el padre Mendieta y porque de los cien manuscritos que lo integran, una gran parte son cartas e informes de ese religioso. El último tomo trae el *Códice de Tlaltemolco*, que proporciona curiosos y riquísimos datos sobre el primer colegio que funcionó en América,¹³ y los *Anales de Tecamachalco*. La muerte impidió a García Icazbalceta coronar su *Nueva colección*, y correspondió a su hijo, don Luis García Pimentel, dar feliz término a la empresa magna y trunca del sabio polígrafo, editando en 1903 los *Memoriales de Motolinía*, en 1904 la *Relación de los obispados de Tlaxcala, Michoacán, Oaxaca y otros lugares en el siglo xvi*, y en 1906 los *Apuntes de la vida de D. José Miguel Guridi y Alcocer*.

DESTACADÍSIMA ES LA LABOR que cumplió don Joaquín García Icazbalceta como traductor: fundamental su aporte al progreso de los estudios históricos, con la edición de incunables y de olvidados documentos relativos al pasado mexicano; pero por encima de ambas manifestaciones de su incansable actividad intelectual, se destacan los quilates del extraordinario investigador en los numerosos y admirables escritos que consagró al esclarecimiento del pasado, principalmente al siglo xvi mexicano, que no tuvo secretos para él.

Al comenzar la segunda mitad del siglo xix, vuelca en sus primeros escritos los vastos conocimientos acumulados en años de paciente investigación. Entre 1852 y 1856 traza la biografía de un centenar de cronistas, misioneros, conquistadores, casi todos del siglo xvi. Buena parte de estos apuntes biográficos apareció en el *Diccionario universal de historia y geografía*.¹⁴ Ulteriormente, las *Memorias de la Academia Mexicana*, los *Anales del Museo Nacional de México*, *Las dos repúblicas*, *La estafeta*, *El Renacimiento*, *El álbum mexicano*, el *Boletín de la sociedad geográfica y estadística* y otras publicaciones de la época se honran en insertar las medulosas monografías que escribe García Icazbalceta para reconstruir el pasado de su patria, ya evocando el antiguo esplendor de

la ciudad de México, ya trazando páginas definitivas sobre la historia de la cultura, ya ofreciendo un vivo cuadro de la vida colonial. Algunas de sus mejores páginas forman parte de su famosa *Bibliografía mexicana del siglo xvi*. Otras aparecieron como prólogos de libros de edición propia o publicados por amigos.

Dejando de lado los escritos a que ya se ha hecho referencia, mencionaremos aún, entre la vasta producción de García Icazbalceta, gran número de interesantísimas noticias biográficas:

- 1) Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo.
- 2) Don Bartolomé Colón, hermano menor del descubridor don Cristóbal.
- 3) Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de Nueva España.
- 4) Don Juan Francisco Güemes, Virrey de Nueva España y primer Conde de Revillagigedo.
- 5) El segundo Conde de Revillagigedo, 52º Virrey de Nueva España.
- 6) Atahualpa, Atabaliva o Atabalipa.
- 7) Don Luis Martínez de Castro.
- 8) Don Dionisio Alcedo y Herrera.
- 9) Antonio Herrera y Tordesillas.
- 10) Ricardo Hakluyt.
- 11) Don Manuel Abad Queypo.
- 12) Don Lorenzo Boturini Benaduci.
- 13) Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón.
- 14) Lorenzo Ferrer Maldonado.
- 15) Francisco López de Gómara, o Gómora, pronunciado comúnmente en México Gomara.
- 16) Diego Fernández.
- 17) Hernando Alarcón de Alarcón.
- 18) Don Antonio de Alcedo y Herrera.
- 19) Don Juan Bautista de Anza.
- 20) Don Diego Muñoz Camargo.
- 21) Don Juan de Castellanos.
- 22) Bartolomé de Fonte o Fuente.
- 23) Don Juan María Despreaux.
- 24) Don Francisco de Sandoval (Acazitli o Acaxitli).
- 25) Fray Francisco Figueroa.

- 26) Fray Juan Estrada.
- 27) P. José Acosta.
- 28) P. Alonso Fernández.
- 29) P. Miguel Cabello Balboa.
- 30) Rodrigo de Albornoz.¹⁵
- 31) Fray Toribio de Benavente (Motolinia).
- 32) Miguel de Legazpi.
- 33) Dr. Sancho Sánchez.
- 34) P. Antonio Rincón.
- 35) Fray Francisco de Alvarado.
- 36) Fray Pedro de Córdoba.
- 37) Fray Juan de la Anunciación.
- 38) Fray Juan de Medina.¹⁶
- 39) Doña Marina.
- 40) Don Vasco de Puga.
- 41) Dr. Eugenio Salazar de Alarcón.
- 42) Dr. Diego García de Palacio.¹⁷
- 43) El bachiller Don Antonio Calderón Benavides, impresor del siglo xvii.¹⁸
- 44) El Lic. D. Matías de la Mota Padilla.¹⁹
- 45) El Dr. Juan de Cárdenas.²⁰
- 46) Fray Francisco de Pareja.²¹
- 47) Don Francisco Sedano.²²
- 48) Pedro de Alvarado.
- 49) Bernal Díaz del Castillo.
- 50) Pedro Mártir de Anglería.
- 51) Vasco Núñez de Balboa.
- 52) Don Carlos María de Bustamante.
- 53) Don José M. Beristáin y Souza.
- 54) Don Andrés González de Barcia.²³
- 55) Fray Pedro de Gante.
- 56) Fray Domingo de la Anunciación.
- 57) Ilustrísimo señor Don Francisco Marroquín.
- 58) Fray Alonso de Molina.
- 59) Fray Bernardino de Sahagún.
- 60) Fray Maturino Gilberti.
- 61) Fray Pedro de Feria.
- 62) Fray Benito Fernández.
- 63) Fray Juan de Gaona.
- 64) Fray Juan Bautista.

- 65) Fray Antonio de los Reyes.
- 66) Fray Francisco de Cepeda.
- 67) Fray Bartolomé de Ledesma.
- 68) Fray Pedro de Agurto.
- 69) Fray Juan de Córdoba.
- 70) El P. Pedro de Morales.
- 71) Fray Elías de San Juan Bautista.²⁴

Las siguientes noticias biográficas se publicaron en el *Diccionario universal de historia y geografía* y no fueron recogidas en ninguno de los libros de García Icazbalceta:

- 1) Juan de Tovar.
- 2) Diego de Alvarado.
- 3) Gómez de Alvarado.
- 4) Gonzalo de Alvarado.
- 5) Jorge de Alvarado.
- 6) Juan de Alvarado.
- 7) Alonso Ávila.
- 8) Don Bernardo de Balbuena.
- 9) Juan de Fuca.

Es en su libro *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, publicado en 1881,²⁵ donde la labor biográfica de García Icazbalceta alcanza su expresión más original, más vigorosa, mejor lograda. Reputo difícil alcanzar mayor altura en esta índole de estudios. No sólo el eximio bibliófilo brinda un cúmulo de noticias sobre los libros salidos de la pluma del Obispo, o por él editados—libros de difícil alcance por su extraordinaria rareza—, sino que con rasgos sobrios y sagaces evoca magistralmente la figura enérgica de aquel prelado, moviéndola dentro del cuadro de su tiempo, entre choques de tendencias opuestas y el tumultuoso oleaje de las pasiones humanas. De este modo, como fondo del personaje histórico que sirve de tema central al libro, captamos el medio político y social en que se mueve.

Cinco años más tarde, es decir, en 1886, da a la estampa García Icazbalceta su otro gran libro fundamental, que aún mantiene merecida celebridad. La *Bibliografía mexicana del siglo xvi*, que, como bien lo expresa el subtítulo, ofrece un "catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600, con biografías de autores y otras ilustraciones, precedido de una noticia acerca de la introducción de la imprenta

en México". El título puede inducir a engaño, haciendo creer que se trata simplemente de una erudita enumeración de impresos, con algunos detalles curiosos de los mismos. Pero la obra tiene más vasto alcance e inicia una revolución en esta clase de investigaciones: trasunta la actividad intelectual de una época, la vida espiritual de un pueblo en un período de intensas y explosivas transformaciones. En sus páginas se puede asir lo inasible para captar un ciclo histórico, caracterizado por su extraordinario dinamismo, en sus valores ideales más altos y duraderos. Dentro de estos lineamientos, el autor, partiendo de minuciosas noticias bibliográficas ordenadas con rigidez científica y exhaustiva información, termina por ofrecernos, a través de documentos y comentarios concisos y evocadores, una visión animada y riquísima de la vida social, intelectual y religiosa del México del siglo xvi, en una prosa sobria que aún conserva novedad, frescor y vida. La enorme erudición del autor queda de manifiesto en el hecho de que, a más de medio siglo de distancia, los más acuciosos investigadores de nuestro tiempo no han encontrado más de dos o tres títulos que agregar a los que García Icazbalceta enumeró en su célebre *Bibliografía*.

La última obra del ilustre investigador mexicano, y que quedó inconclusa, es su *Vocabulario de mexicanismos*. Llega hasta la palabra *gusto* y apareció, póstumamente, en 1905. Su editor, don Luis García Pimentel, incorporó a este libro, a manera de brillante introducción, el enjundioso estudio que, bajo el título de "Provincialismos mexicanos", leyera García Icazbalceta en el seno de la Academia Mexicana en 1886. Se trata de una preciosa documentación, válida aún, relativa a las peculiaridades del lenguaje mexicano en el siglo xix.

Pueden igualmente mirarse como obra póstuma las *Cartas de Joaquín García Icazbalceta* que, compiladas y anotadas por Felipe Teixidor, aparecieron en 1937 con prólogo de Genaro Estrada. Aparte de un interesante apéndice documental, el volumen contiene 116 cartas, de las cuales 105 están dirigidas al gran bibliófilo don Nicolás León.

Quedan, de García Icazbalceta, cerca de cincuenta monografías, modelos de investigación histórica sobre educación, economía, costumbres, vida religiosa, bibliografía, letras y otros temas circunscritos casi siempre al siglo xvi. La mayor parte

de ellas figura en la edición que publicó Agüeros de sus obras, pero en un desorden deplorable. Con el propósito de hacer visible la intención orgánica que les da unidad, tengo proyectado reunir las aludidas monografías en una edición de tres tomos, dándoles una ordenación nueva y más racional. Creo que en esa forma se tornará más congruente y provechosa su lectura.

He aquí cómo pienso reordenar las aludidas monografías:

Introducción a la historia de México:

- 1) "Estudio histórico".²⁶ García Icazbalceta expone su teoría de la historia y evoca magistralmente el siglo xvi mexicano.
- 2) "Historiadores de México".²⁷ Valioso estudio sobre los primitivos historiadores y cronistas de la vida mexicana.
- 3) "Documentos históricos".²⁸ Breve disertación sobre las fuentes documentales.

La ciudad de México:

- 1) "La antigua ciudad de México".
- 2) "La antigua Catedral de México".
- 3) "La antigua plaza de la ciudad de México".
- 4) "Chapultepec".
- 5) "El acueducto de México".²⁹

Historia de las costumbres:

- 1) "Un Cresco del siglo xvi en México".
- 2) "La fiesta del pendón en México".³⁰

Formación intelectual y difusión de la cultura:

- 1) "La instrucción pública en México durante el siglo xvi".³¹
- 2) "La Universidad de México".³²
- 3) "El Colegio de San Juan de Letrán".
- 4) "El Colegio de Niñas de México".³³
- 5) "Los médicos de México en el siglo xvi".³⁴
- 6) "El doctor Cárdenas y su libro de los Problemas".³⁵
- 7) "La Academia Mexicana correspondiente de la Real Española".³⁶

Historia religiosa:

- 1) "Autos de fe celebrados en México".³⁷
- 2) "Los agustinos en México".
- 3) "La Orden de predicadores en México".
- 4) "La Iglesia y el convento de San Francisco en México".³⁸

Historia económica:

- 1) "El cacao en la historia de México".
- 2) "La industria de la seda en México".³⁹
- 3) "El ganado vacuno en México".⁴⁰

Estudios literarios y lingüísticos:

- 1) "Representaciones religiosas en México en el siglo xvi".⁴¹
- 2) "Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo xvi".⁴²
- 3) "La danza general en que entran todos los estados de gentes".
- 4) "Provincialismos mexicanos".⁴³

La imprenta y la bibliografía:

- 1) "La introducción de la imprenta en México".⁴⁴ Estudio magistral que abarca el siglo xvi. Es ampliación de "Tipografía mexicana", artículo que apareció en el *Diccionario universal de historia y geografía*.
- 2) "Tipografía mexicana".⁴⁵ Se incluye, por contener datos posteriores al siglo xvi, omitidos en el trabajo anterior.
- 3) "El bachiller don Antonio Calderón Benavides, impresor del siglo xvii".⁴⁶
- 4) "La Grandeza mexicana de Balbuena". Interesantísimo estudio bibliográfico, con datos de interés para una historia de la poesía.
- 5) "Discurso sobre las bibliotecas de Eguiara y Beristain". De capital interés para el estudio de la literatura mexicana.
- 6) "El Padre Avendaño, predicador del siglo xvii".⁴⁷ Trae útiles informaciones y algunas rectificaciones a Beristain.
- 7) "La biblioteca de Beristain".⁴⁸ Se trata de un valioso estudio que complementa a los anteriores.

8) "Apuntes para un Catálogo de escritores en lenguas indígenas de América".⁴⁹ Se ocupa de ciento catorce libros escritos en lenguas americanas.

9) "Los doscientos cinco mártires del Japón".⁵⁰ Medulosa noticia bibliográfica referente a una obra de este nombre.

10) "La destrucción de las antigüedades mexicanas".⁵¹ Es el capítulo veintidós del libro sobre Zumárraga, pero lo reproducimos aquí, por ser de indispensable lectura a cuantos se interesan por los orígenes de la bibliografía mexicana.

Historia del Perú:

1) "Tres décadas de historia peruana". Es el apéndice a la historia de Prescott. Como ya tenemos dicho, es una síntesis que abarca treinta y dos años de la vida colonial del Perú, desde 1549 hasta 1581.

2) "La relación de Pedro Sancho". Es la "advertencia del traductor" que García Icazbalceta puso al frente de su traducción de la crónica del secretario de Pizarro. Ya hemos hecho referencia a este trabajo.

Cartas:

1) "Paliques de un bibliófilo". Carta dirigida a don José Fernando Ramírez en enero 22 de 1850.⁵²

2) "Las Casas y Motolinia". Carta dirigida a don José Fernando Ramírez en abril 19 de 1858.⁵³

3) "El Manual cristiano de Sahagún". Carta dirigida a don Alfredo Chavero en octubre 4 de 1877.⁵⁴

4) "La instrucción pública, la moral y la religión". Carta de marzo 9 de 1878.⁵⁵

5) "Santa María de Guadalupe de México y la leyenda de su aparición". Carta dirigida al Arzobispo de México, don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, en octubre de 1883.⁵⁶

6) "Una novela tomada por historia". Carta sobre un supuesto proceso de la Inquisición y la imaginaria vida de fray Martín Durán, dirigida a don José María Vigil en mayo 31 de 1885.⁵⁷

7) "Las conferencias de San Vicente de Paúl". Carta de agosto 15 de 1891.⁵⁸

Escritos varios:

1) "Informe sobre los establecimientos de Beneficencia y Corrección".⁵⁹ Interesantísima historia de estas instituciones, escrita en 1864.

2) "Laudo arbitral".⁶⁰ Obra maestra de un hombre de bien, que resuelve los conflictos de intereses inquiriendo la verdad de los hechos y haciendo justicia distributiva.

EN CARTA A JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ, escribió García Icazbalceta: "Hace algunos años comencé a mirar con interés todo lo que tocaba a nuestra historia, antigua y moderna, y a recoger todos los documentos relativos a ella que podía haber a las manos, fuesen impresos o manuscritos. El transcurso del tiempo en vez de disminuirla fué aumentando esta afición, que ha llegado a ser en mí casi una manía. Mas como estoy persuadido que la mayor desgracia que puede sucederle a un hombre es errar su vocación, procuré acertar la mía, y hallé que no era la de escribir nada nuevo, sino acopiar materiales para que otros lo hicieran; es decir, allanar el camino para que marche con más rapidez y con menos estorbo el ingenio a quien esté reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país. Humilde como es mi destino de peón, me conformo con él y no aspiro a más: quiero, sí, desempeñarlo como corresponde, y para ello sólo cuento con tres ventajas: paciencia, perseverancia y juventud."

El ilustre polígrafo, que en 1850 trazó este autorretrato de parquedad trapense, no era un simple colector de documentos y libros raros, pese a sus dichos, sino un docto prosista, autor de eruditas monografías, y con una teoría muy suya sobre la manera de historiar. Concebía la historia como una creación literaria que tiene su origen en la pasión que pone el hombre en la búsqueda de la verdad. La historia puede considerarse como una rama de la ciencia cuando investiga la realidad intrínseca del pasado; y como parte de la ética o moral cívica cuando enjuicia los acontecimientos consumados y a los actores del incesante drama de la vida. "Cautiva en alto grado el entendimiento humano la investigación de la verdad", escribe. No hay cosa escondida que, por sólo serlo, no ejerza en nosotros misterioso atractivo, y hasta la persona más inculta y

más ajena a todo estudio fija su atención en cualquier vulgar enigma y se empeña en descifrarle. Natural, pues, y noble por la naturaleza del asunto, es el afán con que el arqueólogo interroga a las generaciones hundidas en el polvo de los siglos, para alcanzar a leer en sus derruídos monumentos, descifrar en sus extraños caracteres y descubrir en su lenguaje los misterios que guardan en profunda calma aquellas edades remotas, ansioso de llegar, si pudiera, hasta encontrar el origen de los pueblos, conocer sus afinidades, trazar la ruta de sus peregrinaciones, ordenar la serie de sus caudillos, narrar sus guerras y alianzas, penetrar en su religión y costumbres, valorizar su civilización, y determinar el papel que desempeñaron en la gran historia de la humanidad."

García Icazbalceta concedió singular importancia al siglo xvi, por el hecho de haberse iniciado y alcanzado su pleno desarrollo en el curso de ese siglo las grandes transformaciones que se operaron en América bajo el impacto brutal de la Conquista. Refiriéndose particularmente a su país, escribe a este propósito: "Los pueblos que entonces existían, de los que habían venido a este suelo, se encontraron subyugados, y en lo principal sustituidos, por otra raza poderosa que cayó sobre ellos y trastornó casi por completo su organización política y social. Religión, leyes, gobierno, todo desapareció; a su vez los nuevamente llegados no pudieron menos que resentir, hasta cierto punto, la influencia de las razas sujetadas, pero no destruidas; y de este grande acontecimiento histórico surgió el pueblo mixto que con las modificaciones consiguientes al transcurso de tres siglos y medio, existe todavía. El conocimiento exacto de los elementos que entraron en la formación de la nueva sociedad, y de cómo se fueron combinando, es el punto práctico para nosotros. Por haber desconocido o despreciado las enseñanzas de la historia, han brotado y echado profundas raíces errores gravísimos cuyas consecuencias aún resentimos."

Pese a este análisis tan certero, es constante en García Icazbalceta la idea de que la América independiente es española o europea y no indígena o mestiza; que la Conquista es un derecho que ejerció legítimamente el pueblo intruso y dominador; que debe mirarse como un bien la destrucción de las civilizaciones precolombinas, en cuyo desprecio coincidió,

en cierta medida, con Prescott. Abundando en estos pensamientos, escribe: "Dado el descubrimiento de América y la condición de sus habitantes, era infalible que los europeos habían de derramarse sobre ella y sojuzgarla." Tocó a España hacerlo, porque ella había realizado el descubrimiento. El *derecho* de conquista viene al fin a ser reconocido y acatado por todos: no se han creado de otro modo las *nacionalidades* que existen o han existido, incluso las antiguas americanas." Y agrega: "Cerrados los ojos a la luz de la Historia, persistimos en considerarnos como descendientes y representantes de aquellos indios, aunque no tengamos en nuestra sangre una gota de la suya, y queremos ver en la Independencia una reivindicación de los derechos hollados por la conquista. Olvidamos que las guerras de la independencia no son reivindicaciones, sino consecuencia natural del desarrollo de las colonias, llegando al punto de despertar el deseo de gobernarse a sí propias. ¿Qué indígenas proclamaron la independencia de las colonias norteamericanas? ¿Cuáles—si no hay ninguno—quieren *reivindicar* hoy en Cuba los derechos de sus antepasados?"

Es sorprendente leer esto en los escritos de un compatriota y de un contemporáneo de Benito Juárez, del gran indio que iba a dar nuevo rumbo a la historia mexicana. Y nos muestra cómo el acendrado españolismo de García Icazbalceta le lleva no sólo a destruir las bases jurídicas de la Independencia, que no pueden ser otra cosa que la autodeterminación de los pueblos o sea el repudio del *derecho* de Conquista, sino que pone de lado su propia concepción eticista de la Historia. Carecería de sentido, ciertamente, alzarse contra los hechos ineluctables, pero también la Historia perdería en grandeza y en decoro, dejaría de ser la maestra y humanizadora de la conducta colectiva e individual, si buscase justificativos morales a las avideces y zarpadas de la Conquista.

Las veces que se coloca en este orden de ideas, García Icazbalceta se aparta, acaso sin darse cuenta, del espíritu de su tierra. Imposible negar que hubo y hay ilustres coterráneos suyos que le hacen compañía, pero en general, el mexicano siente que la más vital de sus raíces se hunde en el subsuelo autóctono. El Héroe popular sigue siendo Cuauhtémoc y no Cortés; y en el culto del indio coincidieron dos máximas figu-

ras mexicanas que ideológicamente vivieron en las antípodas: Ignacio Ramírez y José Fernando Ramírez. Para el Nigromante, ardiente antiespañol y por momentos antieuropeo, el mexicano era un pueblo mestizo, un "pueblo mixto", según la expresión de García Icazbalceta. Amaba al indio pero el indio no respondía a su conjuro. "Si a nuestro entusiasmo patriótico, dice en uno de sus típicos rasgos de elocuencia, hubiera sido dado evocar las generaciones que sucumbieron bajo la espada de Cortés, nosotros, sin vacilar, levantaríamos el trono de Cuautimotzin, y acaso el dios de la guerra volvería a su temido templo; pero aquella raza sublime y misteriosa no se rebulló en su sepulcro; los oráculos dormían en el silencio de tres siglos, y apenas se escuchaba un eco de los cantos que Netzahualcóyotl lanzó a volar sobre el lago de Texcoco."

El México independiente ni es español ni es azteca, sino mezcla de ambos, pensaba igualmente José Fernando Ramírez, y por eso únicamente aquel que lleve en sus venas la sangre de ambas razas puede reconstruir verazmente, sin prejuicios ni injustos anatemas, el tumultuoso y complejo pasado mexicano. "Ni la historia general de la conquista, escribe, ni la particular del conquistador están completas. Una tal empresa solamente podría llevarse cumplidamente a cabo por una pluma filosófica, que sintiera correr en sus venas, mezclada y con tranquilo curso, la sangre de los conquistadores y de los conquistados; por uno, en fin, que discurriendo sin odio y sin desdén, los llame a un juicio de familia, teniendo presente que va a hacer justicia entre sus progenitores. Entonces y solamente entonces, podremos concebir esperanzas de tener una completa, imparcial y fiel historia de la Conquista, que nada nos deje desear por el lado de la integridad, que nada nos haga sentir por el lenguaje apasionado o desdeñoso del historiador." Y refiriéndose a Prescott y a su evidente aversión a los aztecas, añade: "Aquí el desdén de raza se manifiesta sin embozo y sin doblez hasta en despreciables menudencias. El señor Prescott ha empuñado la pluma para escribir la historia de los *bárbaros*; palabra que, alternada con la de *salvajes*, campea en todo el curso de la historia, escoltada por otras del mismo temple. Siendo un ejército de *bárbaros* el que luchaba contra los invasores, sus gritos de guerra no

podían tener la misma denominación que los de un pueblo culto; por consiguiente, los mexicanos lanzaban *aullidos*, sus ejércitos por lo común, no se *replegaban* ni *retiraban*, sino que *huían*. La fuerza misma del lenguaje técnico exigía que su indomable valor se apellidara *furor rabioso*, y que aquellos innumerables y estupendos ejemplos, raros en la historia del mundo, que presentaron de abnegación y de heroísmo, se explicaran, no como una inmolación voluntaria inspirada en el santo fuego de la libertad y de la patria, sino como el brutal efecto del encono, del odio y de una ferocidad irracional.”

Estas citas, con ser extensas, no las reputamos impertinentes. Revelan las dos poderosas corrientes que se hacen visibles en la vida intelectual de México. La una, españolizante, arranca de Alamán, de García Icazbalceta y de algunos cronistas coloniales; la otra, caracterizada por lo que podríamos llamar la concepción mestiza de la historia, parte de Sahagún y de Ixtlilxóchitl, y encuentra en José Fernando Ramírez, Orozco y Berra y Francisco del Paso y Troncoso sus más ilustres representantes.

García Icazbalceta exigía del historiador un estilo sobrio, desnudo de baratijas literarias, y una constante alerta contra la idealización del pasado. En alguna parte reprocha a Prescott el tono inspirado de su prosa. Ponía en guardia contra la tendencia a considerar los acaeceres humanos como bloques estratificados, en vez de tomarlos como lo que son, como un fluir, como un incesante renovarse, movilidad que obliga al historiador a proceder con máxima cautela en el enjuiciamiento de la que ha sido y ya no es. No obstante, tenía sus preferencias, y a pesar suyo, la llama de sus íntimas pasiones proyecta a veces un trémulo reflejo sobre sus mejores páginas. Su biografía de Zumárraga es un ejemplo de ello; principalmente el capítulo final, modelo de polémica histórica, en que un entusiasmo inusitado enciende y embellece la natural aridez del tema. Pero el respeto a la verdad, la fidelidad al dato que ha resistido a la prueba de la crítica, eran tan fuertes en García Icazbalceta, que llegado el caso se imponían a sus creencias más caras y dominaban sus humanas pasiones. Un ejemplo casi doloroso de ello es su célebre carta sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe; en esas páginas, que le fueron arrancadas por ley de obediencia al ministro de su

Dios, la probidad insobornable del investigador se impuso a las reprimidas tendencias del devoto.

García Icazbalceta nunca alcanzó a ser un escritor de primer orden; fué un voceador excesivamente severo de sus propias limitaciones; su prosa, no obstante, seduce por su severa sencillez. Podemos decir en su elogio que no es posible profundizar en el estudio del siglo XVI mexicano, sin acudir a sus libros en busca de su póstuma y docta compañía.

NOTAS

¹ El Apéndice se incluyó en el vol. VII de las *Obras* de GARCÍA ICAZBALCETA, México, 1896-1899; y la obra de Sancho, con una "Advertencia del traductor", en el vol. VIII.

² Se incluyó en *Obras*, vol. VII.

³ La traducción y las notas están incluidas en *Obras*, vol. VI. García Icazbalceta se ocupó por primera vez de Cervantes Salazar en el *Diccionario universal de historia y geografía*. Las "Noticias del autor y su obra", tomadas de la *Bibliografía*, pero ampliadas, aparecen en *Obras*, vol. IV, bajo el título de "Don Francisco Cervantes Salazar". Y la biografía de Alonso de la Vera Cruz, también ampliada y tomada de la *Bibliografía*, está en las *Obras*, vol. III. La Universidad Nacional Autónoma reeditó (México, 1939) la traducción de García Icazbalceta, pero sin la introducción y reduciendo las notas a lo esencial.

⁴ También puede leerse en *Obras*, vol. VI.

⁵ Edición de 60 ejemplares, impresa en caracteres del siglo XVI. Publicó una segunda edición de 70 ejemplares en 1865. Finalmente, la carta fué incluida en el vol. I de la *Colección de documentos para la historia de México*.

⁶ Puede leerse en las *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, México, 1937.

⁷ Incluida en *Obras*, vol. II.

⁸ Este prólogo puede leerse en *Obras*, vol. IV, bajo el título de "Antonio de Saavedra Guzmán".

⁹ Se hallan reproducidas ambas en *Obras*, vol. IV, con los siguientes títulos respectivamente: "El P. Alegre" y "Vida del P. Alegre". Esta última se publicó también en las *Memorias de la Academia Mexicana*.

¹⁰ Prólogos y noticias fueron reproducidos en *Obras*, vol. X. Las referentes a Grijalva y al Conquistador anónimo, tomadas del prólogo del tomo I, están en *Obras*, vol. IV.

¹¹ Se reprodujo el prólogo en *Obras*, vol. IV, y la biografía en el vol. III.

¹² Estos tres volúmenes han sido reeditados por la editorial Hayhoe, México, 1941.

¹³ Las noticias sobre Ramusio (vol. I de la *Nueva colección*), sobre

Focher (*ibid.*, vol. II), sobre Pomar y Zurita (vol. III) y sobre Torquemada (vol. IV; ampliación de lo publicado en el *Diccionario universal de historia y geografía*) se incluyeron en *Obras*, vol. IV. Las relativas a Miguel de Navarro, a San Román, a Jerónimo Ximénez (*ibid.*, vol. I), a Jacobo Dacia, Fray Cinto, de la Peña, de Toral, Sarmiento de Hojastro, de la Coruña, Segovia, de la Parra, de Bustamante y de Rozas (*ibid.*, vol. II) se reproducen en *Obras*, vol. IX. La de Ovando y Godoy, que se lee en el mismo tomo, no es de García Icazbalceta, sino de Jiménez de la Espada. Figura como cita en el vol. II de la *Nueva colección*.

¹⁴ México, 1853-1856.

¹⁵ Todas estas biografías (del 1 al 30) aparecieron por primera vez en el *Diccionario* citado.

¹⁶ Las seis últimas biografías (del 33 al 38), en *Bibliografía mexicana del siglo xvi*. La de Córdoba se publicó por vez primera en el *Diccionario* citado. Todas las biografías (del 1 al 38), más otras ya mencionadas, están incluidas en *Obras*, vol. IX.

¹⁷ Las tres últimas biografías (40, 41 y 42) aparecieron por primera vez en la *Bibliografía*.

¹⁸ Salió por primera vez en las *Memorias de la Academia*.

¹⁹ Se publicó por primera vez en el *Diccionario* citado y después, en 1870, al frente de la *Historia de la Nueva Galicia*.

²⁰ Se publicó por primera vez en la *Bibliografía*.

²¹ Apareció por primera vez al frente de la *Crónica de la Provincia de la Visitación de Nuestra Señora de la Merced*, en 1882.

²² Se publicó por primera vez al frente de las *Noticias de México*, en 1880.

²³ Estas biografías (del 31 al 54) están en *Obras*, vol. IV. Del 48 al 54 salieron por primera vez en el *Diccionario* citado.

²⁴ Todas estas biografías, tomadas de la *Bibliografía*, con otras dos ya citadas, forman el vol. III de las *Obras*.

²⁵ Reeditado por Agüeros, pero sin el Apéndice documental, en *Obras*, vol. V; el capítulo xxii, en el vol. II; las "Adiciones y enmiendas", tomadas del vol. II de la *Nueva colección*, en el vol. X. La mejor reedición es la última, por Rafael Aguayo Spencer y Antonio Castro Leal, México, 1947. El Apéndice ha sido enriquecido con nuevos documentos descubiertos después de la muerte de García Icazbalceta.

²⁶ En *Obras*, vol. VI. Se publicó por primera vez en *El Renacimiento*, en 1894.

²⁷ En *Obras*, vol. VIII. Por primera vez en el citado *Diccionario*.

²⁸ En *Obras*, vol. VII.

²⁹ Las cinco monografías en *Obras*, vol. I.

³⁰ Publicadas ambas *ibid.*

³¹ Estudio leído en el seno de la Academia Mexicana los días 16 y 20 de junio y 4 de julio de 1882. Se publicó en las *Memorias de la Academia Mexicana* y también en *El tiempo*, en 1883. Luego en *Obras*, vol. I.

³² En *Obras*, vol. I.

³³ Ambas monografías en *Obras*, vol. II.

34 Se publicó en septiembre de 1872, en algunos números de *El defensor católico*. Se reprodujo, muy ampliado, en la *Bibliografía*, de donde se tomó para las *Obras*, vol. I.

35 En *Bibliografía*. Se reprodujo en *Obras*, vol. IV.

36 Se publicó en 1876 en las *Memorias de la Academia Mexicana*. Luego en *Obras*, vol. VI.

37 *Obras*, vol. I.

38 Los tres estudios están en *Obras*, vol. II.

39 Los dos en *Obras*, vol. I. El primero se publicó originalmente en 1877 en *El explorador minero*. Luego, muy ampliado, en *Bibliografía*, de donde pasó a *Obras*, vol. I.

40 En *Obras*, vol. II.

41 Ya citado.

42 Primeramente se publicó en el *Diccionario* citado; después, muy ampliado, en las *Memorias de la Academia Mexicana*; y de aquí se tomó para *Obras*, vol. II.

43 Ambos en *Obras*, vol. VI. El primero apareció originalmente en el *Espectador de México*, en 1851, y el segundo en las *Memorias de la Academia Mexicana*. Ya hemos dicho que figura también como prólogo del *Vocabulario de mexicanismos*.

44 En *Bibliografía*, de donde pasó a *Obras*, vol. I.

45 *Obras*, vol. VIII.

46 Ya citado.

47 Los tres últimos aparecieron por primera vez en las *Memorias de la Academia Mexicana*. Están en *Obras*, vol. II.

48 Se publicó en 1863 en el *Boletín de la Sociedad Geográfica y Estadística*. Ulteriormente en *Obras*, vol. VII.

49 Publicado en 1866 en la imprenta del autor, en edición de 60 ejemplares. Reproducido en *Obras*, vol. VIII.

50 En *Obras*, vol. X. Se publicó por primera vez en 1869, en *La sociedad católica*, firmado por el abogado Juan María Iturbe; pero es obra de García Icazbalceta.

51 También puede leerse en *Obras*, vol. II.

52 La editó don José Porrúa en 1937. También puede leerse en las *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, México, 1937.

53 En *Obras*, vol. VII.

54 Esta carta la publicó Chavero en su libro *Apuntes viejos de bibliografía mexicana*, editado en 1903.

55 En *Obras*, vol. VII. No trae el nombre del destinatario.

56 Editada en 1896 en un folleto.

57 Se editó en 1939 bajo el título de *Carta a José María Vigil aclarando un proceso de la Inquisición en el siglo xvi*.

58 En *Obras*, vol. VII. No trae el nombre del destinatario.

59 La firmó don José María Andrade, quien la dedicó al Emperador Maximiliano. La editó en 1907 don Luis García Pimentel.

60 En *Obras*, vol. X.